

Cuarenta años de Sociología en Colombia: problemas y proyecciones*

Orlando Fals Borda

Cuando nuestro estimado director, el profesor Julio Rodríguez me habló hace algún tiempo sobre la celebración de los cuarenta años de la fundación del Departamento de Sociología, me permitió sugerirle que más bien esperaríamos a los cincuenta. Aunque no abrigué ninguna duda sobre la vitalidad de la institución, que pudiera o no sobrevivir hasta entonces y más allá, fui cediendo a la idea de que, en un país tan castigado como el nuestro, bien valía el “mundanal ruido” de hacer dos fiestas en vez de una: la que culmina hoy con tanta alegría. Y también la otra fiesta, la que haríamos en el año 2010. Buena idea, porque así seguimos desahogándonos y aguantando las duras anomias de estos años.

Interdisciplina y proyección sociológica

Entremos en materia. Según observadores autorizados, la llegada de la sociología moderna a la Universidad Nacional en 1959 fue como una tromba que transformó la imagen de la institución. A la Universidad se le veía como pacata o conventual, con algo de formal y jerárquica, medio aburrida y aferrada a rutinas oratorias. Los vientos jóvenes de Sociología, en cambio, fueron acercando a profesores y estudiantes, informalizaron el vestido, desterraron la corbata, y estimularon la recreación y el deporte (aunque el equipo propio de fútbol fue un desastre, logramos tener tres reinas universitarias sucesivas).

De manera más seria, se impulsó la investigación empírica en el terreno y la apertura a la comunidad circundante, y vinculamos la institución con el mundo exterior. Fueron grandes tareas que diferenciaron a la sociología de la que se venía enseñando en las Facultades de Derecho y de Filosofía, tareas que han sido descritas y analizadas de manera competente por colegas como Gonzalo Cataño, Gabriel Restrepo y, últimamente, por Nohra Segura y Alvaro Camacho Guizado, lo cual me salva de hacer aquí repeticiones innecesarias.

Entre las actividades que tuvieron mayor impacto universitario aparte de las anteriores, voy a destacar lo relacionado con la práctica interdisciplinaria, que era un reto nuevo en el país. Hoy lo podríamos redefinir en términos postmodernos como una tarea holística, tal como se recordó en las interesantes mesas redondas.

En efecto, las 27 Facultades existentes en los años 60 en la Universidad Nacional insistían en conservarse como los feudos profesionales que eran, defendiendo la independencia de sus 32 carreras. En cambio, Sociología abrió desde el principio sus puertas a disciplinas hermanas como la antropología, la geografía, el trabajo social y la psicología social. Esta actitud abierta convirtió a nuestra Facultad en un caldo de cultivo para la política integracionista que acogió el Rector José Félix Patiño en 1964, la que dió como resultado la creación de las actuales 12 grandes Facultades que coordinan 75 carreras de pregrado en las distintas sedes.

En la práctica, la nueva Facultad de Ciencias Humanas ya se había formado en la de Sociología, con la incorporación de profesores de las cuatro disciplinas mencionadas, que quedaron consagradas como departamentos. El insumo de egresados eminentes de la fenecida Escuela Normal Superior como Roberto Pineda, Virginia Gutiérrez, Milcíades Chavez y Darío Mesa, fue muy importante. Además se incorporaron abogados preocupados por lo social, como Eduardo Umaña Luna y Jaime Quijano Caballero, educadores como Tomás Ducay y Carlos Escalante, los geógrafos Ernesto Guhl y Miguel Fornaguera, y también la ex-decana de Sociología y trabajo social de la Universidad Javeriana, María Cristina Salazar Camacho.

El programa de publicaciones de la Facultad, muy amplio y acogedor, reflejó la misma tendencia holística. Nuestra producción más recordada, el libro *La Violencia en Colombia*, no sólo fue una arriesgada aventura interdisciplinaria sino también intereclesial, como nos lo refregaron algunas voces torvas en el Senado de la República cuando se armó la gran polémica al respecto. Y la creación del Programa Latinoamericano de Estudios del Desarrollo (PLEDES), el primero de postgrado en toda la Universidad, también buscó el equilibrio con profesores visitantes de Chile, Argentina, Estados Unidos, Francia, Alemania e Inglaterra. Los primeros contratos de la Facultad de Sociología, como los que se hicieron con el INCORA recién nacido para aplicar la reforma agraria en Cunday (Tolima), igualmente ensayaron el enfoque interdisciplinario del desarrollismo.

El ideal integracionista y de proyección investigativa sobre el país y las regiones que distinguió a la Facultad de Sociología, se hizo lento en la nueva Facultad de Ciencias Humanas. Pero se fueron organizando magníficos programas comunes, como los Centros de Investigación y Observatorios, el Programa Cultural de Tunjuelito, el PRIAC y la Cátedra Antonio García. A nivel de la Universidad, el ideal de la multidisciplinaria recibió un gran impulso con la fundación en 1986 del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) por el esfuerzo conjunto de historiadores, sociólogos, economistas, juristas, filósofos y politólogos. También se fundaron el IDEAM, los Institutos de Biotecnología y las Estaciones Científicas Regionales. Ha habido cambios programáticos entre disciplinas y en departamentos, incluido el de Sociología, que tienden a volver los ojos a aquellos grandes ideales formativos del conocimiento científico y técnico llamado “de punta”, que había sido preocupación de la sociología fundacional. De todo esto

habrá de resultar una estructura científica universitaria más arraigada en lo nuestro, más cercana a lo que somos, necesitamos y queremos como nación y mundo.

Pero no voy a detenerme en el pasado. La coyuntura actual de crisis al cubo que afecta a nuestro país obliga a otear horizontes postmodernos y a fusionarlos al estilo de Gadamer. Estamos en el momento crucial de penumbra y de siluetas confusas que pueden presagiar mejores días, si estamos atentos a las oportunidades.

Compete a los sociólogos analizar con pasión y actuar sobre estos fenómenos, con las herramientas intelectuales que hemos recibido de nuestros maestros, algunos de los cuales, como el Padre Camilo Torres Restrepo, ya entraron al panteón de los prohombres nacionales. A Camilo lo queremos rescatar no sólo como universitario sino como fundador del primer movimiento pluralista que ha habido en el país, el Frente Unido, al que muchos de nosotros pertenecemos. De este Frente añoramos el amor por los asuntos del pueblo común y el ideal participativo y civilista con el que Camilo sintetizó la teoría sociológica y la práctica del compromiso, para la construcción de un país mejor. Son enseñanzas que siguen vigentes en los actuales esfuerzos por organizar movimientos populares, como lo elaboraré más adelante.

Creo que ya cumplí en parte con el deber de la proyección disciplinaria cuando me reincorporaron a la docencia en el Departamento de Sociología el año pasado. Expuse algunas opiniones ante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes de Sociología en noviembre de 1999, cuando les invité a “romper el cascarón” y efectuar una implosión y otra explosión universitarias ante el reto del trópico y de la nueva sociedad. Y tuve el honor de dictar la Lección Inaugural para el Postgrado de Sociología en nuestra Facultad hace dos meses, para referirme al retorno de la educación humanista y al cambio de paradigmas en las ciencias sociales.

No obstante, sin alargarme mucho, siento que debo compartir con ustedes algunas otras preocupaciones que tienen que ver con futuros desarrollos de la sociología en Colombia. En particular, me parece que la sociología disciplinaria no debería abandonar algunas tradiciones esenciales. Son como improntas que provienen de nuestros padres fundadores del siglo XIX, incluyendo no sólo a los europeos que acostumbramos citar, sino a pensadores colombianos como Miguel Samper y Salvador Camacho Roldán. Me voy a referir a dos grandes problemas estructurales que no hemos resuelto: la pobreza del pueblo y la injusticia económica y social, basándome en escritos de aquellos dos pioneros.

Pobreza y economía

Miguel Samper nos dejó, el primero en América, el reflexivo estudio, *La miseria en Bogotá*, publicado en 1867. Mientras Domingo Faustino Sarmiento en Argentina no veía sino bárbaros a su alrededor que había que civilizar, Samper descubría la realidad de los pobres de la ciudad. Su descripción nos hace recordar lo que hoy sigue ocurriendo entre

nosotros. Oigámosle: “La podredumbre material corre parejas con la moral. . . No hay confianza en la administración de la justicia, la inseguridad ha llegado a tal punto, que se considera como acto de hostilidad el ser llamado rico. . . los suicidios aumentan”. Según aquel pionero bogotano de la sociología, la solución radicaba en “buscar la seguridad para encontrar la paz y con ella la riqueza”.

Pueda que Samper se hubiera equivocado al interpretar fenómenos como los estatales; pero fue de los primeros en el mundo en distinguir claramente los factores sociológicos, no naturales o genéticos, de la pobreza. Sólo en 1879, doce años después, aparecería en San Francisco de California el clásico de los clásicos sobre este tema, el libro de Henry George, *Progress and Poverty*, tremenda requisitoria contra el capitalismo naciente en el que se reconoció que “la miseria fluye de la distribución desigual de la riqueza y del privilegio” donde se invita a “luchar por construir una sociedad superior”.

¿Utopías de George o intuiciones de Samper? Desde hace 130 años, podemos verlo, venimos aspirando, en nuestro caso, a que Colombia, tierra rica, no sea cueva de mendigos y raponeros. Pero estamos ahora peor y también el resto del Tercer Mundo, como lo reconoció en 1975, en un valiente libro para la época, el economista inglés Charles Elliott (*Patterns of Poverty in the Third World*). Porque la pobreza, que tiende a plantearse en términos estadísticos, es ante todo un problema social estructural. Para entenderla mejor y actuar en consecuencia, hemos esperado el lógico retorno de las ciencias económicas a la humanización, como lo han planteado Schumpeter, Max-Neef, Wallerstein y otros visionarios. Entre nosotros, ese paso lo acaba de dar Luis Jorge Garay.

10 Esta necesidad interdisciplinaria y socializante dentro de la economía, que tarde o temprano debe hermanar a las dos ciencias de manera holística para combatir la pobreza, por lo menos, me lleva a hacer otra recordación: fue precisamente la aceptación de la cercanía disciplinaria por parte del decano de Economía de la Universidad Nacional en 1958, el inolvidable maestro e investigador Luis Ospina Vásquez, lo que llevó al Consejo Académico a aprobar la creación del Departamento de Sociología como integrante de la Facultad de Economía. Se abrió la puerta. Pero los sucesores en la decanatura no parece que pensaban como el doctor Ospina, y en cambio trataron de ahogar la iniciativa, dejándonos casi sin recursos, sin libros, sin oficinas, sin aulas. Hasta cuando los ojos de águila del secretario del departamento, Antonio Vittorino, descubrió a la entrada de la calle 26 las ruinas de una casa de profesor medio incendiada y desocupada. En un anochecer solitario, con los 21 estudiantes que Camilo Torres y yo habíamos convencido y sonsacado de las filas de otras carreras, a espaldas llevamos lo poco que teníamos e invadimos la casa. Allí nació la Facultad, y las dependencias fueron después ampliadas con aportes del Ministerio de Agricultura del cual, por fortuna, era en ese entonces viceministro.

Nos separamos de Economía, pero el ideal de la cercanía nunca se perdió. Volvió a surgir en 1964 cuando se propuso la creación de la Facultad de Ciencias Humanas, como viene dicho. El primer organigrama de la nueva gran Facultad incluía a Economía

junto a las otras disciplinas sociales. Pues bien, fue sueño de sólo dos años, porque los economistas de entonces prefirieron seguir en casa aparte. Sigo pensando que la alianza simétrica y de mutuo respeto entre estas dos disciplinas es una de las metas más importantes del postmodernismo académico así como de las políticas de hacienda pública y planificación estatal. Porque ni los sociólogos solos, ni los economistas solos, seremos capaces de resolver el gravísimo problema de la pobreza que afecta seriamente a las dos terceras partes del pueblo colombiano y a las tres cuartas partes de toda la humanidad. Allí hay dinamita para la globalización capitalista. Pero, como decía mi abuela, la esperanza es lo último que se pierde....

Justicia e injusticia

Pasando ahora al otro grave problema de la injusticia económica y social, retomemos algunas de las ideas que el otro gran pionero, Salvador Camacho Roldán (bisabuelo de nuestra profesora María Cristina Salazar Camacho) dejó esparcidas en sus “Escritos”. Allí se destaca, precisamente, la conferencia inaugural de la cátedra de sociología que dictó en nuestra Universidad en 1872. Fue un acto importante que radicalizó el estudio de lo social en Colombia, porque hizo competencia y desplazó a la campaña similar que desde el campo social-cristiano venía haciendo el dirigente conservador Manuel María Madieto, cuando publicó en 1860 su conocido texto sobre *La ciencia social*.

En aquella histórica y oportuna conferencia (repartida hoy aquí), Camacho Roldán reconoce una de las funciones de la sociología como el “marcar la dirección de las corrientes que la naturaleza del hombre determina”, entre ellas la lucha por la vida en que se pasa “de la humanidad esclava al contrato social” y de allí a la justicia que, según él, es uno de los pilares de la nacionalidad.

Pues bien, no hay mucho más que aquéllo entre nosotros, desde el punto de vista sociológico, sobre la justicia y la injusticia. Como se ha recordado, hay más desarrollos en los estudios tecno-filosóficos producidos por jurisperitos como Iván Orozco o criminólogos como Mauricio Rubio. Se hace obligatorio, por lo mismo, apelar a la obra de letrados europeos como Barrington Moore, *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt* (1978), que él mismo concibió como “un estudio de protesta moral”. Mientras tanto, Colombia sigue viéndose como un mundo difícil de entender desde el punto de vista de los derechos humanos y de los pueblos y del Derecho Internacional Humanitario. Se ve como un barril sin fondo de situaciones económicas, políticas y sociales inadmisibles. Ni en el sistema carcelario se puede confiar: aquí Foucault se hubiera vuelto loco. Razón de más para insistir en el ethos humanista de la sociología que no podemos olvidar, especialmente cuando se trata de grupos explotados, desplazados y marginados como los campesinos, las mujeres, los niños, los indígenas y los afrocolombianos, a quienes hay que entender, acompañar y apoyar como seres humanos dignos de una vida mejor.

La búsqueda de la justicia, como la lucha contra la pobreza, exige el accionar político, esto es, la praxis. Así lo hemos aprendido del filósofo español Adolfo Sánchez Vázquez (1966), uno de los mayores exponentes contemporáneos en esta materia. La praxis es herencia aristotélico-hegeliana que, al pasar por otras escuelas como el marxismo, ha tenido la tendencia a convertirse en un fin en sí mismo. La praxis sola, tan útil como en verdad lo es, puede desbocarse y alocarse en simples activismos, creando efectos perversos no suficientemente anticipados.

En el caso de las injusticias, hay que proceder con prudencia y delicadeza al paso que con rapidez. Para ello, los postmodernos han resucitado de Aristóteles otro concepto, el de la “frónesis”, definida como el juicio equilibrado para alcanzar la buena vida mediante el saber holístico. La práctica necesita de la ponderación ética del juicio. Por eso, la fórmula de “praxis más frónesis” que hoy se imparte en la escuela de la IAP (investigación-acción participativa) constituye, en mi opinión, otra consigna necesaria para la sociología de hoy y del mañana. Así lo he recomendado a mis alumnos en las sesiones que hemos tenido en este edificio desde el año pasado, y así será discutido en el próximo Congreso Mundial de la IAP (el noveno) que se hará en septiembre de este año en la Universidad de Ballarat, Australia.

Justificación de las ciencias sociales ante la crisis: la antiélite ideológica

De acuerdo con los lineamientos de la investigación participativa, debo ahora redondear estas reflexiones con la clásica pregunta sobre el qué más hacer.

La celebración del día de hoy ha dramatizado lo evidente: que en el campo de las ciencias sociales colombianas (no sólo en Sociología e incluyendo la economía) existe ya un gran acumulado colectivo. No en balde han pasado cuarenta años de trabajos y búsquedas en los que el Departamento de Sociología, con inevitables altibajos, ha servido como columna dorsal de la tarea intelectual e investigativa en nuestro campo. Gracias a recientes labores directivas, también se está salvando como receptáculo de la memoria institucional de nuestra profesión. Es alrededor de él que hoy nos congregamos para hacer una especie de balance de nuestras vivencias, olvidando divergencias anteriores que se han venido superando.

Los resultados no son de despreciar, y los recuerdos nos vuelven a animar. Las muchas fotografías de la época desplegadas aquí, algunas muy curiosas, son muestras de aquellos años llenos de desafíos y esperanzas. Nuestro orgullo crece al contemplar la espléndida colección de publicaciones de nuestros egresados y egresadas. Una inspección rápida permite ver que en estos claustros se formó en realidad la “crema y nata” de la sociología nacional, que muchos de los más conocidos y respetados autores, investigadores, educadores, administradores y servidores públicos han sido producto de nuestro departamento. Este sigue siendo un portaestandarte muy especial de la profesión sociológica en Colombia.

Bien por ello y por todas y todos los que han trabajado de manera tan ejemplar y eficaz. ¡Cuántos esfuerzos, cuántos honores, y cuántos premios nacionales e internacionales! Todo lo cual hace eclipsar en nosotros momentos de fatiga o confusión, de fútil dogmatismo o de polémica ausencia.

Siendo esto así, si existe tal acopio humano e intelectual, si contamos con todo este bagaje de conocimientos y principios acumulados en estos cuarenta años, ¿de qué hacer unas preguntas algo incómodas. ¿Por qué estos trabajos no han servido con mayor eficacia para ayudar a encarrilar el país? ¿Cabe hacernos cargos de conciencia sobre la utilidad de nuestras contribuciones y de nuestras presunciones? ¿Por qué no hemos sido más incisivos para ayudar a evitar lo que nos ha venido ocurriendo: la destrucción de la nación?

La profundidad y gravedad de la actual crisis nacional requiere del aplomo constante y de la visión equilibrada e informada sobre los factores sociales, culturales, políticos y económicos que inciden en los hechos cotidianos. ¿No es ésa acaso la materia prima que manejamos y debemos conocer mejor los científicos sociales? ¿No nos miran a veces como autoridades o como orientadores de opinión, no nos entrevistan a veces los responsables y nos buscan afanosos para pedir auxilio y sobreaguar?

Se puede contestar a estas graves cuestiones de conciencia recordando que en verdad hay millares de proyectos y programas inspirados en las ciencias sociales que se han venido aplicando a la realidad del país, entre sus gentes y a las instituciones. Son labores importantes que cubren una amplia gama de intereses hasta constituir movimientos sociales, que pueden ir desde lo ambiental hasta la seguridad urbana, la defensa de los derechos de las mujeres y de los niños, la drogadicción, la acción comunal, el ordenamiento del territorio y muchos más. Son proyectos constructivos que sin duda justifican nuestra profesión. Así lo ve el país de manera general, pues se cayeron las viejas opiniones temerarias sobre la sociología como “ciencia de lo obvio” o como “ciencia peligrosa”. ¡Ah, ignorancias!

Sin embargo, siento que hemos podido hacer más. Quizás lo más cercano a un impacto real sobre la sociedad, de nuestra parte, pudo ser el libro sobre la Violencia en 1962, que casi llevó a un golpe de Estado; la clase política recogió el guante pero no cambió. En ello cuenta el ideal de compromiso con los pueblos que ha venido incentivando a muchos de nosotros en Sociología desde sus comienzos, con Camilo Torres. Ya se ha repetido aquí y en todas partes: no basta con ser un buen científico o técnico, los sesgos ideológicos existen hasta en las ciencias naturales, y deben por lo mismo, hacerse manifiestos con honestidad. Por eso, al aceptar nuestra responsabilidad parcial por lo que ha venido ocurriendo en Colombia, podemos también inculpar de frente a aquellos dirigentes políticos, sociales y económicos que no han estado a la altura de las circunstancias. Son el Establecimiento corrupto y clientelista, los políticos hereditarios y dinásticos, los empresarios y terratenientes tacaños y miopes, en fin, todo

el sistema hegemónico, como se diría hoy, que ha desvirtuado los ideales constitutivos de nuestra nacionalidad.

Pero nosotros mismos—como intelectuales, como universitarios y como ciudadanos—no hemos sido capaces de sancionar a esa élite que nos traicionó o defraudó, ni reemplazar a la abusiva hegemonía actual. Ha habido necesidad de una antiélite estratégica que la rete con los elementos teóricos Pareteanos que le corresponden: antivalores, contranormas y órganos de confrontación, como lo postulé para Colombia en 1967, en mi libro *Subversión y cambio social*. Libro con el cual traté de inyectarle acción a la visión macrohistórica de Luis López de Mesa, pero que resultó más leído en inglés, cuando se tradujo y publicó por la Universidad de Columbia en Nueva York. Total: no hemos logrado todavía conformar antiélites satisfactorias para combatir el sistema hegemónico tradicional.

Pero en vista de la actual crisis empeorada, creo pertinente resucitar ahora la articulación de nuevas antiélites ideológicas, como medida de emergencia. La idea es saber acceder al nuevo orden social que, según el marco que presenté en el libro citado, sería el quinto de nuestra historia a partir de la cultura agustiniana. Es el orden nuevo que merece gestarse en nuestro país. Aquí se cumple la tesis sobre la “subversión moral”, la de los santos postergados y la de los héroes consagrados después de muertos, que es distinta de la subversión apátrida inventada por Cicerón para combatir a Catilina y los esclavos rebeldes. De todos modos, se trata de una subversión, porque busca poner patas arriba a un orden social injusto, como era el romano, al que sus corruptos senadores defendían sólo porque era tradicional. Tal el caso de Colombia, donde se justifican la resistencia civil, la rebeldía con causa y la protesta organizada contra el desorden existente, y no sólo por los principios de la frónesis que acabo de indicar.

Cuando la rebeldía, la protesta o la resistencia “nacen del espectáculo de una condición propia injusta e incomprensible, o cuando surgen de observar en otros los efectos degradantes de la opresión, o cuando a través de los actos se busca la solidaridad humana como defensa de una dignidad común a todos los hombres y mujeres, así, con todo esto, el ser subversor moral no puede convertirse sino en algo positivo para la sociedad”, escribí en aquel libro de 1967. Desde entonces, en Colombia la sociedad se ha degradado en forma tan terminal y demencial, que todos, desde los científicos sociales hasta las agrupaciones indígenas tendremos que hacer un frente común para contribuir a la recuperación de toda la sociedad, de toda la economía, de todas las culturas, hasta de todas las religiones, cada cual luchando a fondo con los elementos y las herramientas de que dispongamos según nuestro saber, condición y entendimiento.

No se cerrarán las heridas de la Violencia, ni las de los zarpazos de la corrupción, el nepotismo, el clientelismo y el narcotráfico si no se denuncia con franqueza y competencia, se aprecian con claridad y respetan las razones históricas y humanas de la rebeldía de las últimas dos generaciones de colombianos. Esas razones están en la raíz de la

subversión, de la protesta y de la resistencia populares, duros fenómenos que han acompañado desde su nacimiento a este Departamento de Sociología. Ahora con mayor cuidado y dedicación hay que aprender a actuar sobre las causas que han hecho posible la protesta popular, ver de despojar del gobierno a la élite culpable de semejantes catástrofes, y propiciar un poder alterno en una sociedad civil mejor conformada, ilustrada y próspera, con el respeto pleno de los ciudadanos desarmados y sobre todo de los armados. Sólo la Soberanía Popular, libre y democráticamente expresada, podrá legitimar al recompuesto Estado colombiano, darle estabilidad y permitirle gobernabilidad.

He aquí, pues, el gran reto generacional actual de la nueva antiélite que percibo hoy conformada por científicos sociales y universitarios independientes y decididos de todos los estamentos, dentro y fuera de la institución. Porque de allí depende la justificación contemporánea de nuestras disciplinas y nuestra eventual supervivencia en condiciones de libertad, al volver a asumir la función crítica que históricamente nos pertenece.

Muchos de nosotros los de la generación anterior, la de los años sesenta, nos sentimos frustrados. Nuestra tarea quedó inconclusa porque talvez no hicimos todo lo suficiente para combatir las condiciones adversas ni para desarmar y desautorizar a las castas dirigentes. No pudimos construir la contrahegemonía con la antiélite poderosa y autónoma que se necesitaban, y muy a pesar nuestro vimos decapitar y cooptar las que nacían. Pueda ser que la historia presente y futura sea distinta, con los movimientos sociales y políticos alternativos que empiezan de nuevo a tejer entre nosotros el hilo de Ariadna que nos saque del laberinto de la autodestrucción.

Mis colegas, amigas y amigos: no quiero fatigarles más con tantas preocupaciones como las que me han asaltado. Me temo que he abusado de la celebración, aunque espero que todo el ejercicio sea de utilidad. Les repito mis agradecimientos por este día inolvidable: al señor Rector, a la señora Decana, al señor Director, a todos los profesores, estudiantes y monitores, a los asistentes administrativos, y a quienes desde fuera y desde lejos vinieron a acompañarnos. Y anticipo desde ahora mismo mi aceptación a volvernos a festejar, con tan buenas razones como las de hoy, en el 50 aniversario del año 2010.

Referencias

CAMACHO ROLDÁN, Salvador. "Sociología-Discurso", *Escritos varios*, 204-244. Bogotá: Librería Colombiana, 1892.

ELLIOTT, Charles. *Patterns of Poverty in the Third World*. New York: Praeger Publishers, 1975.

FALS BORDA, Orlando. *Subversión y cambio social en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1967.

GEORGE, Henry. *Progress and Poverty*. New York: The Modern Library, 1879.

MADIEDO, Manuel María. *La ciencia social o el socialismo filosófico*. Bogotá: Nicolás Pontón, 1863.

MOORE, Barrington. *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*. New York: M.E. Sharpe, 1978.

PATIÑO, José Félix, Rector. *La reforma de la Universidad Nacional de Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional, 1966.

SAMPER, Miguel. "La miseria en Bogotá", *Escritos político-económicos*, Tomo I, 1-108. Bogotá: E. Espinosa G., 1898.

SÁNCHEZ Vásquez, Adolfo. *Filosofía de la praxis*. México, 1966.

*Este texto representa la intervención del Doctor Fals Borda en la celebración de los cuarenta años del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia el día 11 de mayo de 2000.

Orlando Fals Borda
Profesor Emérito, IEPRI
Universidad Nacional de Colombia
ofalsb@bacata.usc.unal.edu.co